

# EL MOVIMIENTO BAHAISTA UNA CONFERENCIA DE ACTUALIDAD CIENTIFICA

Según su definición idealista, la religión es universalista. Sea cual fuere el Dios que ella proclame, toda religión fué, en sus comienzos, la expresión de la tendencia a la unificación de la humanidad y de la lucha contra las fuerzas temporales. Su substratum, más sentimental que racional, ha preparado un desarrollo de la solidaridad. En la antigüedad, esta solidaridad fué limitada a una región, a una agrupación de pueblos, a una raza. Es también un progreso ante innumerables creencias denominadas paganas o fetichistas. De la idolatría de las pequeñas agrupaciones, se llegó a las masas fundidas en un deísmo, lanzado por los profetas y acaparado después por "los representantes de Dios en la tierra". La religión perdió su savia vital cuando, incorporada a una iglesia, su espíritu original fué alterado por los dominadores de los pueblos, desnaturalizado por un clero en servicio de una casta, de una política o de un Estado. Así, en vez de contribuir a la unificación, la religión se ha convertido en un instrumento de lucha temporal, aumentando la pugna de los intereses contrarios, creyendo que puede servir a la fe con la ayuda del sable y monopolizando a Dios en beneficio de un pueblo o, más exactamente, en el de una minoría privilegiada.

Bien sabemos que no decimos nada de nuevo. Es una simple, pero necesaria constancia, en el cuadro de una obra consagrada a las acciones universalistas. Por esto es por lo que debemos registrar gustosamente un movimiento que tiende a la reedificación de la religión en el plano planetario y cósmico: el bahaísmo. Este tiene el mérito de estar despojado de "revelaciones", presentándose con algunos principios éticos que resultan de un análisis racional de la vida humana y con un imperativo espiritual extraído de la conciencia de la solidaridad universal y de la ley vital de la cooperación.

Este movimiento fué preparado en Persia, en 1844, por un joven que se llamaba Báb. Martirizado en 1850, después de seis años de lucha por la reforma y el ensanchamiento de la religión, tuvo como sucesor de Bahá'u'lláh que puede ser considerado como el verdadero fundador del movimiento Bahai. Perseguido también con crueldad, pasó de una a otra prisión, de Persia a Turquía y después a Palestina. Durante los 40 años de su exilio, desarrolló los principios que representan hoy la base de una religión universal. Sus discípulos difundieron sus principios mientras que él permanecía en las prisiones. Cuando en 1892 murió Bahá'u'lláh, a la edad de 75 años, dejó como promotor e intérprete a su hijo AbdulBahá, que compartió con su padre el exilio y las prisiones hasta el 1908, cuando se estableció en Haifa (Palestina.) Desde este punto el movimiento fué extendido por todos los países. AbdulBahá viajó por Europa, Africa y América, predicando infatigablemente las enseñanzas de la paz y de la fraternidad. Murió en 1921, a la edad de 77 años, dejando a su nieto Shoghi Effendi como "primer guardián de la Causa".

En los tiempos de Báb y de Bahá'u'lláh, cuando Persia se hallaba en una extrema decadencia, cuando el fanatismo era un instrumento de persecución en manos del gobierno corrompido, cuando las ciencias y las artes eran consideradas como "impuras" y las mujeres mantenidas en la ignorancia y en la esclavitud, los adeptos de este nuevo movimiento fueron desposeídos, torturados y desterrados. Los mártires de esa religión humana se elevan al número de 20.000. En 1892, los adeptos del Bahaísmo se contaban, por lo menos, en medio millón (Lord Curzon de Kedleston, en su libro *La Persia*) Hoy exceden de dos millones (1). Bajo la influencia de Bahá'u'lláh, los miembros de diferentes religiones y de innumerables sectas se unieron en una verdadera fraternidad, suprimiendo los prejuicios, levantando escuelas y haciéndose más conscientes y más tolerantes. Desde Persia, el movimiento Bahai se extendió en todas partes y por todas las categorías sociales. Cuéntanse millares de Bahaístas en todas las capitales occidentales; el movimiento ha ganado a los más grandes espíritus de la civilización y de la ciencia contemporáneas. Sería prolijo enumerar todos sus testimonios.

Yo debo el conocimiento del movimiento Bahai al sabio Augusto Forel, cuando en 1930 me habló de la "religión del bien social". Este "librepensador" había incorporado a su credo los principios del Bahaísmo. Rechazando las puerilidades de los titulados cristianos, que hacían logomaquia con las palabras Dios, religión, etc., Forel descartó el Dios fabricado por los "fieles" a su imagen y semejanza. "El verdadero Dios no es nunca conocible para el hombre". No es el Dios de las innumerables sectas, ni el de las variedades del cristianismo, ni el del fatalismo musulmán, ni el de los judíos devotos o del Nirvana budista. A pesar de todo, hay necesidad de un vocablo para indicar "la omnipotencia desconocible del universo con sus millones de soles." Aquél que se llama ateo, traiciona su inconsciencia o su vanidad. Existe una religión. Y Forel la llama simplemente: "Nosotros "incrédulos", lo digo a los creyentes, cristianos de toda especie; judíos, musulmanes, etc., tenemos también nuestra religión, es decir, la del "Bien social humano".

Mas el movimiento Bahai hace llamamiento también a los hombres de una religión — cristianos, musulmanes, judíos, hindúes, zoroastrianos — para unirse en una fraternidad que suprima el odio y los prejuicios y que, "al cambiar los corazones y la vida de los hombres haga de ellos criaturas nuevas". A este respecto, el templo bahaista elevado en Chicago es muy simbólico; en la gran sala cen-

ACABO de dar una conferencia en el local de nuestras Juventudes en Perpignan. El tema es de constante actualidad: "Causas y efectos de los terremotos", y ha sido tanta la concurrencia que muchos asistentes al acto han demostrado su interés oyendo de pie toda la peroración, que fué acompañada de exhibición de dibujos, libros y otros objetos directos o simbólicos, de cuya exposición son estas líneas un extracto.

Gracias a que la Naturaleza es riquísima en recursos y ella nos ayudó en un cometido superior a nuestras escasas fuerzas demostrativas, pues son tan claras y evidentes las razones que nos ofrece que siempre nos satisfacen y convencen.

Son unos dispositivos mecánicos sencillísimos, los que, sin intervención de los hombres, van dibujando sobre una cinta de papel ahumado, la magnitud y la pluralidad de las sacudidas telúricas del planeta Tierra, y son tan numerosos, que podemos decir sin exageración que es constante el movimiento de temblor que nuestro planeta nos ofrece. Algunos movimientos no los percibe el hombre, pero los sismógrafos son tan sensibles que no dejan pasar ni uno siquiera, no obstante sucederse uno cada segundo, que son 60 por minuto, 3.600 por hora, y 86.400 por día de 24 horas.

Así demuestra el mundo que nos sustenta, que es un elemento vivo y lleno de energías, las que va perdiendo paulatinamente, pero tan dosificadas, que le durarán muchísimo tiempo todavía.

Múltiples son las causas y los efectos dinámicos de los 16 movimientos de que está dotado el mundo en que vivimos, pero los que contribuyen en primer término al temblor continuo del mismo son la contracción de la masa planetaria por enfriamiento, y la marca de 15 centímetros de altura que inflinge a la Tierra la atracción del Sol, valor principal de nuestro sistema planetario.

De aquí viene la formación de volcanes y montañas, así como también de las grandes depresiones que ocupan los mares. De aquí las fuentes termales, los géiseres, y el vulcanismo. Las grandes cavernas y los abismos, que los espeleólogos visitan con fruición. De aquí los raz de marea y los terremotos en general, con la secuela de destrucción de las más grandes construcciones, de las rupturas de las vías férreas, los túneles y los puentes, y de aquí casi todos los desastres mineros, e incontable número de accidentes.

La Tierra crepita como un fuego de brasas que rociemos con agua, cuya crepitación es proporcional a la extensión y a la masa del enorme hornillo que es el interior del planeta.

La lucha del agua y el fuego es asombrosa y terrible. Ella se basta para proporcionar continua inquietud a los habitantes de la Tierra. Y esta prueba la podemos hacer impunemente si la sabemos preparar. Os habla quien ha realizado dicha prueba siguiendo las

cosa más espantosa que os podéis imaginar. Una explosión formidable, que no hay torpedo ni polvorín que la iguale. Un trueno seco como un cañonazo y la desaparición instantánea proyectando en todos los sentidos, diríamos pulverizados, el crisol, el hierro y el ladrillo.

Esta prueba nos dará la explicación evidente de lo que pasa en el interior de la Tierra, sin cesar, en todos los segundos que tiene el día, en todos los días que tiene el año, en todos los años que tienen los siglos.

Si no existiera esta acción constante de retracción de la masa interna seguida del recubrimiento de la delgada cúpula petrificada, aún sería peor, porque entonces se producirían menos terremotos, pero serían miles de veces más poderosos y por tanto más terribles para la humanidad que los tuviera de soportar.

Todo esto es posible dada la delgadez relativa de la corteza terrestre. Recordemos que las experiencias han demostrado la existencia de una ley física que se denomina **Grado geotérmico**, que consiste en que, cada 30 metros de profundidad aumenta un grado termométrico el calor interno, y si recordamos también que los astrónomos y geofísicos afirman que el espesor de la corteza es de unos 100 kilómetros, resulta que su cara interna está dotada de la espantosa temperatura de 3.000 grados, continuando no obstante la progresión en una escala que no concebimos, hasta el centro de la Tierra, con sus 6.400 kilómetros que tiene el todo de nuestra esfera terrestre.

La posesión de estos datos ha producido en algunas inteligencias un concepto de inferioridad acerca de los fenómenos dinámicos terrestres. Realmente, la razón concibe mayores las catás-

trofes y más incómoda la vida de los seres orgánicos sobre el planeta, y a veces, es posible que nos asalte una lógica interrogación: ¿Qué efectos producen estos hechos? A la que no es menos sorprendente la respuesta: Esos hechos producen el cambio constante de la geografía...

Hubo un célebre geólogo francés, Albert Lapparent, nacido en Bourges (1830-1908) que inventó una rama de la Ciencia denominada "Paleogeografía", es decir, "Antiguas geografías", y trazó mapas geográficos apoyándose en los mapas geológicos, éstos a su vez trazados según las edades de formación de las rocas, coincidiendo con el invento del geólogo español Gonzalo Moragas, creador de la "Petrología microscópica" cuyo postulado es: "Una roca que contenga elementos de otra es posterior a ella." Y esto establecido basta para determinar con exactitud el cambio constante de la geografía y su verdadera situación relativa.

En resumen, podemos decir que los temblores de tierra, sismos, o terremotos, son fenómenos naturales de la contracción continua del núcleo interno de la Tierra, y por lo tanto no tienen nada de sobrenatural. Al contrario, la Filosofía que nace del caso es el poder de la constancia. Ese movimiento mínimo, esa gota de agua, esa partícula de tierra o grano de arena que muda de lugar, contribuyen al cambio geográfico continuo. Hoy no es el mundo como era ayer, mañana no será como es hoy, y así siempre. El destino es el hombre. ¿Por qué? Quien contestase a este "por qué" conseguiría la felicidad humana, que sin duda es un prodigio con el que no contaremos jamás.

Alberto Carsi

**DESPUES DE MUCHOS AÑOS de luchar por encontrar un sistema adecuado de protección de las clases pobres, se ha llegado al sistema de LOS SERVICIOS SOCIALES, por medio de los cuales todos contribuyen**